

tros de largo por 13 de ancho, y más de 17 de alto desde el pavimento hasta la cúpula oval, todo resplandeciente de mosaicos y de estucos: diríase, al ver la profusion de figuras que se destacan sobre fondo de oro, que los artistas encargados de la decoracion habian querido imitar las grandes composiciones de cuadros mitológicos, estilo que no dice del todo bien á los asuntos del Antiguo y del Nuevo Testamento, que allí están representados. La época no daba más de sí: Giacomo *della Porta* y sus contemporáneos y discípulos han emprendido el camino de lo *vistoso*, que casi siempre cae en direccion contraria de lo *bello*. Sobre el altar de la capilla del coro está la copia en mosaico del cuadro de la Virgen Inmaculada, entre San Francisco de Asis, San Antonio de Padua y San Juan Crisóstomo, que veremos en el templo de Santa María de los Ángeles: el cuerpo del último de los santos citados, gran doctor de la Iglesia, reposa bajo el altar: en el subterráneo de la capilla yacen los restos mortales del Papa Clemente XI (*Albani*), que murió en 1721, y á quien la Basílica debe la mayor parte de los mosaicos de Cristofari, y Roma el engrandecimiento del hospicio de San Miguel à *Ripa grande*, y la ciencia administrativa y la humanidad el primer reglamento y el ensayo primero de un buen sistema penitenciario.

Cerca de la gran verja de bronce dorado, que distingue la capilla del coro, bajo el arco de la nave, hay un monumento sepulcral de los buenos tiempos: es el sepulcro de Inocencio VIII (*Cibo*), que gobernó la Iglesia de 1484 á 1492: la gran mole de bronce, labrada por Pollajuolo, ofrece dos estatuas del Pontífice, una sentada bendiciendo con la mano derecha y mostrando en la izquierda la lanza con que fué traspasado Jesucristo en la cruz, reliquia venerable que Bajaceto II habia remitido á Inocencio VIII: la otra estatua es yacente: el escultor quiso, pues, representar al Pontífice vivo y al Pontífice muerto, y dióle por compañeras en la postrer morada, ocupando sus nichos respectivos, las cuatro virtudes cardinales y las tres teologales, con lo cual este sepulcro, por la abundancia y la disposicion de las figuras, tiene el carácter de un gran cuadro interesante y sombrío; es quizá el sarcófago del Vaticano

que más se parece á algunos de los que pueblan las catedrales góticas de Alemania y de Francia y de nuestra España. Enfrente de este monumento, sobre una puerta pequeña de la capilla del coro, hay una bóveda destinada constantemente al féretro del último Papa difunto, que allí permanece hasta tanto que por su familia ó por los cardenales que creó, ó por el Papa sucesor, se le erige mausoleo. Llámase de la *Presentacion* la siguiente capilla, porque en su altar está copiado en mosaico el cuadro de Romanelli, que ofrece la hermosa figura de la Virgen María presentada al templo: la cúpula y la bóveda están adornadas de otros cuadros en mosaico y estucos, alusivos todos á las prerogativas de la Madre del Salvador; pocos pasos más adelante, dos monumentos de mármol contienen, con un poco de ceniza, toda una historia de augustos infortunios. El de la derecha, bajando, es un sepulcro de mujer: su retrato en mosaico revela bien la majestad de una reina: fué su nombre en el mundo María Clementina Sobieski: por su familia descendia de los reyes de Polonia; por su marido Jacobo III, el Caballero de Saint Georges, se titulaba reina de Inglaterra. Roma, que es la madre ilustre de los desgraciados, patria generosa de todos los infortunios, acogió en su seno y honró en vida y honró en muerte á la excelsa nieta de Juan Sobieski: el sepulcro que guarda sus cenizas (escultura de Bracci) fué erigido á expensas de la Cámara Apostólica: la Iglesia, que habia levantado un monumento sepulcral á la Condesa Matilde, que le legó sus estados, levanta otro á la Reina sin trono que busca hospitalidad en Roma: los Stuardos y los Bonapartes y muchas otras familias régias, que en la serie de los siglos han sido juguete del huracan revolucionario, en Roma han tenido paz y consuelo, como si el Pontificado se complaciese en devolver á las majestades desvalidas los testimonios de munificencia que recibe de las majestades poderosas. El sepulcro de María Clementina *Magnæ Britannæ, Franc. et Hibern. Regina*, como dice la inscripcion, pertenece á la mitad del siglo pasado, y no puede compararse en mérito artístico con el precioso monumento que tiene enfrente, continuacion, puede decirse, de la misma dolorosa historia: está consagrado á los tres últimos Stuardos: es

la página final de una dinastía doblemente ilustre por sus merecimientos y por sus desgracias; pero página hermosa, en que el arte parece que se ha detenido con visible complacencia. Será, sin duda, muy imponente y admirable el mausoleo de María Cristina, esculpido en Viena por Canova; allí pudo inspirarse el artista en las ideas de grandeza tan propias de una corte fastuosa y de una familia como la de la emperatriz María Teresa. En este templete mortuario de los Stuardos, Canova ha sentido la inspiración del infortunio, y ha producido con el mármol un poema de melancolía y de dolor. Si fuera posible interrogar una por una á todas las almas tristes, que recorren las esplendorosas naves de San Pedro, de cierto dirían que no hay en ellas obra de arte que más hable al sentimiento que aquellas puertas cerradas que el relieve presenta, silenciosas y frías como el mármol, y aquellos dos genios que las guardan, centinelas misteriosos de la muerte. Sin leer los nombres que en los medallones están escritos, se adivina que allí se encierra algo más que la ceniza leve de un cuerpo humano; que allí reposan las cenizas de una dinastía, las glorias y los desastres de una familia, cuyos desastres y cuyas glorias trascienden á pueblos enteros y llenan páginas interesantes en la historia de Europa. Los tres bustos del monumento representan á los tres Stuardos, que de sentarse en el trono de sus mayores se hubieran llamado Jacobo III, Carlos III y Enrique IX. El epitafio dice así:

IACOBO III  
IACOBI II MAGNE BRIT. REGIS FILIO  
KAROLO EDVARDO  
ET HENRICO DECANO PATRVM CARDINALIVM  
IACOBI III FILII  
REGLE STIRPIS STVARDIE POSTREMIS  
ANNO MDCCCXIX.

Al pié del monumento se lee esta sublime y consoladora sentencia:

BEATI MORTVI  
QVI IN DOMINO MORIVNTVR.

El pretendiente Carlos Eduardo, que fué marido de la Condesa de Albani, y uno de los caballeros más renombrados de su época, murió en 1788, y fué enterrado en la catedral de Frascati por tributo de reverencia y amor de su hermano y heredero el Cardenal de York; obispo de aquella diócesis: es curiosa la segunda mitad del epitafio, que se halla en una gran lápida de dicha catedral:

HENRICVS CARD. EPISC. TVSCULAN.  
CUI FRATERNA JURA TITULIQUE CESSERE  
DUCIS EBORACENSIS APPELATIONE RESUMPTA  
IN IPSO LUCTU AMORI ET REVERENTIE OBSEQUUTUS  
INDICTO IN TEMPLUM SUUM FUNERE  
MULTIS CUM LACRIMIS PRAESENS JUSTA PERSOLVIT  
FRATRI AUGUSTISSIMO  
HONOREMQUE SEPULCRI AMPLIOREM  
DESINAVIT.

El Cardenal de York, en quien por muerte de su hermano recaían todos los derechos de la familia, adoptó el nombre de Enrique IX, sin duda para que la lista de los Enriques de su patria no se cerrase en el de triste memoria que promovió el cisma sangriento de Inglaterra. El augusto purpurado, que en los años de la cansada vejez buscaba, á su decir, bajo los pinos de Tusculum la sombra que le negaban las encinas de Windsor, dejó de existir en 1807, extinguiéndose con él una raza de reyes que habian conservado la antigua fé y mostrádose adictos á la Santa Sede. La Santa Sede correspondió en la manera posible á la buena memoria de aquella familia infortunada: los últimos Stuardos no eran, como dice Chateaubriand, sino un accidente más en vasto campo de escombros, pedazo de columna destrozada en medio de un laberinto (*voirie*) de ruinas; y Roma consoló á los Stuardos. Yacen léjos de su patria, de la tierra sobre la cual tenían derecho de reinar; pero la que es patria de todos los cristianos los acogió con amor, y si sus cenizas no reposan en los ámbitos sombríos de Westminster, junto á las de la hermosa y desventurada María y junto á las de Eduardo V, no ménos desventurado, descansan en paz en el templo más grandioso del orbe católico, en compañía de

santos y de mártires, entre el incienso de un culto jamás interrumpido. Su fúnebre monumento, donde la escultura moderna ha escrito la página quizá más bella y melancólica, es visitado por los viajeros de todo el mundo, y enfrente á los genios de Canova, que lloran junto á las puertas cerradas del alcázar de la muerte, el artista que comienza por San Pedro la visita de Roma, presiente algo de la belleza griega que en los gabinetes del Belvedere le está reservada; el hombre político, el poderoso, medita en la vanidad de las grandezas y de las esperanzas de la tierra; el peregrino devoto repite en su corazón las hermosas palabras allí escritas, que explican y resumen el sentido cristiano de toda la obra: *Dichosos los muertos que mueren en el Señor.*

La última capilla de la nave de Mediodía es la de la fuente bautismal: todos los adornos y mosaicos de cúpula y muros puede decirse que son relativos al sacramento del Bautismo: el de Jesucristo á las orillas del Jordán está representado en el gran mosaico del altar, cuyo original de Maratta es una de las buenas pinturas de Santa María de los Ángeles; la gran pila ó fuente bautismal es parte de un monumento, que llega hasta los primeros siglos de la era cristiana; procedente del mausoleo de Adriano, quizá cubrió las cenizas de aquel emperador viajero y artista; nueve siglos después guardaba los restos mortales del emperador Othon II, que murió en Roma á fines del siglo x, y tuvo su sepulcro en el atrio de la Basílica Vaticana; la urna es de pórfido, de cuatro metros de larga por dos de ancha; el complicado adorno de bronce de la cubierta, labrada á fines del siglo xvii, con dibujos de Fontana, convierte en monumento vulgar y *barroco* una de las más preciosas antigüedades, que la escultura gentilicia ha dado para uso y adorno de las iglesias cristianas.

Al dirigir nuevamente la mirada desde los pies del templo hácia la vastedad magnífica de su fábrica, hecha la rápida visita de sus naves y de sus capillas y de sus monumentos, el espíritu percibe ya, sin el asombro y la confusión del primer día, todo lo que allí se encierra de admirable y extraordinario: se ven las columnas y los pilares y las estatuas en sus verda-

deras proporciones; se juzga sobre seguro acerca de la variedad de adornos suntuosos, que por todas partes hermosean bóvedas y muros: los casetones y dibujos del pavimento marmóreo no deslumbran ya la vista, ni la mole del baldaquino aparece como un segundo templo dentro de otro: el todo y las partes, recobrando su grandiosa armonía bajo la cúpula gigantesca, entre raudales de luz pura y en aquella atmósfera siempre tibia y perfumada, entonan un himno de gloria, que llega como una ofrenda de estas regiones de llanto á la región de las eternas alegrías.

El corazón y los ojos se apegan con amor y con deleite á todos y á cada uno de los monumentos que la Basílica encierra. ¡Qué asombrosa riqueza! Pasan de ciento cincuenta las columnas, casi todas de preciosos mármoles, alabastros, granito y pórfido, que sumadas con las de piedra que adornan la fachada y vestíbulo, forman el total de setecientos setenta y dos: veinte y tres son los depósitos funerarios, y más de sesenta las estatuas metálicas en capillas, en altares y en sepulcros, y más de ciento las de mármol que ofrecen en admirable galería el cuadro exacto de los progresos de la escultura desde la *Piedad* de Miguel Ángel y la *Justicia* del mausoleo de Paulo III, hasta el San Alfonso Ligorio de Tenerani y el sarcófago de Gregorio XVI por Amici. Cuarenta y cuatro bajo-relieves, la mitad en bronce, veinte y cuatro cuadros de primer orden en mosaico, los frescos, estucos y adornos dorados de la cúpula grande y de las menores, el limpio pavimento de vistosos mármoles, los jaspes variados y la exuberante ornamentación de los arcos y de los pilares y de los muros, realzan de tal suerte la magnificencia y hermosura del templo, que con justicia se le considera como el esfuerzo supremo de la inteligencia y de los recursos del hombre para rendir homenaje y culto á la majestad de Dios. En esta manifestación del genio, dice un sabio escritor, la más atrevida que se conoce, el arte cristiano halla medios y espacio para desenvolverse en toda su grandeza la idea de la Iglesia católica: sobre aquella enorme construcción de 130 pies de diámetro y de 300 de altura, el mosaico, pintura inmortal, representará con los colores más vivos á la Iglesia

triumfante en medio de sus gloriosas jerarquías, esto es, los Santos; después la Reina de los santos y de los ángeles, luego la Trinidad augusta, luego el infinito, y en último término, la cruz dominando la eternidad y la inmensidad como domina el tiempo y el espacio.

El politeísmo griego no podía imaginar monumento de tanta grandeza. El templo de Esculapio en Trulli, y el de Juno en Sámos, y el de Diana en Efeso, y el de Apolo mismo en Delfos, tan pomposamente descritos por prosistas y poetas de la gentilidad, quedaron á inmensa distancia de lo que el sentimiento cristiano ha sabido realizar. La misma Roma, sobre todo la Roma de los emperadores, que llevó su grandeza arquitectónica á un punto tal que las ruinas todavía nos asombran, tampoco tuvo un templo que al de San Pedro pueda compararse; el de Júpiter Capitolino, el templo que llamarémos nacional de una nación que era el mundo, sólo medía 200 piés de longitud por 185 de anchura. El Panteon de Agrippa es el bello ideal de la universalidad pagana: cuando se quiso dar espléndida morada al Rey del Olimpo y á los dioses todos, se construyó la Rotonda del Campo Marzio. La Rotonda, elevada á setenta metros, sostenida sobre cuatro pilares gigantescos, es una parte del templo Vaticano; es su cúpula. Debajo se extiende la inmensa mole de la Basílica; encima está la cruz del Calvario.

Así como la Roma pagana resumió en su vasto seno todas las grandezas del mundo antiguo, así la Roma cristiana y la Basílica de San Pedro, que es su más alta expresión, encierra monumentos de todos los pueblos y de todas las edades. Asentada sobre la colina, que un tiempo llenaron templos, circo y jardines, todavía allá en las entrañas de la antigua construcción, entre los cimientos de la iglesia primitiva, se han encontrado fragmentos de muralla de los días de Calígula, y pedazos de columna con el nombre de Agrippina. Para honrar la tumba de un pescador de Galilea, el Oriente y el Occidente, las ciencias y las artes, se han convocado á singular concurso, y la ciudad de los reyes y de los cónsules y de los emperadores se ha apresurado á contribuir con los restos magníficos de

su opulencia fabulosa. El templo de Salomón y otros de Grecia y del Asia ceden sus columnas; el Pantheon de Agrippa, símbolo del poderío de Augusto, guarda para San Pedro los broncees de su pórtico; Júpiter Capitolino se arroja en un horno de fundición para resurgir estatua del Apóstol; el foro de Nerva dará mármol para el altar; la escultura pagana se encarga de adornar la Cátedra, que ha de ser trono del orbe católico; el Egipto, personificado en el obelisco, sigue con mirada atenta la gran revolución del Vaticano desde los días del imperio. ¿No es verdad que hay algo de misteriosamente simbólico en este conjunto de ruinas y despojos del mundo antiguo, formando la admirable unidad del mundo nuevo? Las edades todas han impreso su huella en la colina Vaticana; el aluvion de los tiempos ha venido formando capas históricas que la ciencia reconoce y analiza; el torrente de cada siglo ha dejado una piedra en esta montaña de santidad y de gloria.

Del primer siglo son testimonio elocuente la tumba de los Apóstoles y los fundamentos mismos de la Basílica que la guarda: los Papas mártires de los siglos II y III duermen al lado de aquella tumba: el genio del siglo IV, que brilla en la cruz de Constantino, vive perenne en el subterráneo de la Confesion; aún no se han apagado las luces encendidas entonces por el Papa Silvestre; aún no se ha interrumpido la cadena de peregrinos que en aquellos días comienza para llegar á las últimas generaciones. La estatua de San Pedro, que trae consigo el recuerdo del vencedor de Atila, es la ofrenda del siglo V: la mano del siglo VI trazó las inscripciones tumulares, que se guardan en la iglesia subterránea; allí está el sepulcro de San Gregorio, la más preciada herencia del revuelto y desdichado siglo VII. En el VIII lo llena todo la sombra de Carlomagno; aquella losa redonda de pórfido, que se ve á la entrada de la Basílica, es la misma en que el rey de los francos hincó las rodillas en el templo de Letran: la túnica de Leon III, que se guarda en la sacristía Vaticana, sirvió en la ceremonia de la solemne coronación del Emperador de Occidente: las dos inscripciones del pórtico se refieren á Carlomagno y al papa Adriano I: al siglo IX corresponde la Ciudad Leoniana, que rodea la Basílica

ca: del x es la tumba del emperador Othon, cuya cubierta sirve de pila bautismal. El Papa Leon IX, enterrado bajo el altar de San Gregorio, es la representacion del siglo xi. Una tabla de mármol, en que se contiene la donacion de estados hecha á la Santa Sede por la Condesa Matilde, puede considerarse como una de las páginas más interesantes de la historia del siglo xii, del cual es tambien monumento muy notable el sepulcro de Adriano IV (*Breakspeare*), el único Papa inglés que ha tenido la cristiandad, como lo es del siguiente el fragmento de un mosaico simbólico cristiano, que mandó hacer Inocencio III para el ábside de la antigua Basílica. La *Navicella* de Giotto, célebre mosaico, tambien alegórico, que por sí solo determina una época en la historia de las artes, inaugura el siglo xiv entre los monumentos de San Pedro; del siglo xv trae melancólica noticia el sepulcro de Carlota, reina de Jerusalem y de Chipre. Á este mismo siglo pertenece la gran puerta de la Basílica, en que Filaréte esculpió, ademas de los seis cuadros en bronce de asuntos bíblicos, fragmentos muy interesantes de la historia contemporánea, en especial el concilio de Florencia y la union de la Iglesia griega á la latina. Á contar desde el siglo xvi el catálogo de las grandes obras de arte acumuladas en el Vaticano sería interminable: empezando por la cúpula hasta llegar al más pequeño de los adornos, todas las escuelas y todos los artistas pueden desfilan por delante del observador aténto. La escultura y la pintura y el mosaico tienen allí sus épocas y su permanente exposicion. La Basílica de San Pedro no es, pues, la obra de una mano ni de un siglo; es la florescencia simultánea y esplendorosa de todos los gérmenes de vida y de hermosura, que el viento de todos los siglos y de todas las regiones ha ido acumulando á las orillas del Tiber. ¿Quién puebla en el orden místico y religioso esta ciudad de mármoles y de alabastros, esta nueva casa dorada más duradera que la del Palatino, quién? Las reliquias de la pasion, y los cuerpos de cuatro apóstoles, y de centenares de santos y de pontífices, y de millares de mártires, y sobre todo y llenándolo todo, el espíritu invisible de una doctrina, que exalta la humildad y la pobreza, y hace del amor

una virtud y alegra los confines del pensamiento con los resplandores benditos de la esperanza.

No se reducen todas las grandezas de la Basílica Vaticana á este magnífico recinto, que la vista abraza desde los umbrales de la puerta, ó desde la tribuna de la Cátedra, ó desde las extremidades de la nave transversal; hay todavía grandezas que admirar al otro lado de estas murallas, y debajo de este pavimento de mármol y encima de estos pilares gigantescos: los espléndidos salones de la sacristía, el venerando subterráneo, que guarda las más preciadas memorias de la Basílica antigua, y las regiones de la cornisa y de la cúpula y de la cruz, que corona el edificio, merecen tambien la visita del viajero.

## XV.

En la nave de la izquierda, junto á la tumba de Pío VIII, está el ingreso á la sacristía, edificada por Pío VI. Bello es el vestíbulo, adornado con cuatro columnas de granito rojo oriental, y suntuoso es el corredor, que conduce á las diversas estancias de que consta la sacristía, con la cual, dice Milizia, y perdónese la hipérbole, que no pueden compararse ni todas las sacristías juntas del globo terrestre. Aquí fué el circo de Neron: esta piedra determina el lugar en que estuvo enclavado el obelisco egipcio, que hoy se levanta en medio de la plaza de San Pedro. Muchos monumentos de la Basílica antigua, como las estatuas de San Pedro y San Pablo, que guardaban las puertas, inscripciones curiosas y memorias de Pontífices adornan ahora la galería, y dan cierto carácter de venerable antigüedad á la parte más moderna del templo Vaticano. Allí se han conservado, escritos en mármol hácia la primera mitad del siglo iii, fragmentos en latin antiguo del canto de los hermanos Arvales, especie de confraternidad rústico-aristocrática, cuyo origen se remonta á los tiempos de Rómulo. Como

documento histórico y como documento filológico, son importantísimos los renglones grabados en aquellas piedras. Lanzi, investigador erudito de los orígenes etruscos del habla romana, en su obra relativa á los Arvales; Marini en otro libro especial, y muchos sabios filólogos de Italia y Alemania, han discurrido prolijamente y han disputado con empeño acerca de la verdadera inteligencia del texto primitivo. Sus curiosísimas observaciones apenas dejan duda en cuanto á la genuina ortografía de aquella remota edad; no es tan convincente el resultado de sus disquisiciones acerca de la significación de las palabras. Si el *Enos, Lases, Juvate* puede sin gran violencia reducirse á *Nos, Lares, Juvate*, dado que, como dice Varron: *R pro S sæpe antiqui possuerunt, el Neve luer, Vemarmar, sin 's incurrere ni pleoris*, y los dos versos siguientes, ofrecen dificultades que la conjetura cree vencer, pero que la rigurosa ciencia filológica está lejos de declarar vencidas. Este *specimen* de lengua latina en el tiempo de los reyes (siete siglos ántes de la Era Cristiana), como la inscripción tumular de Scipion Barbato, que veremos en el museo Vaticano, y la inscripción conmemorativa de la columna rostral erigida á C. Duilio, cuya reproducción veremos en el Capitolio, textos ambos del siglo v de Roma (dos siglos y medio ántes de nuestra Era), son preciosísimos monumentos para el estudio histórico de la lengua latina, á quien hoy dispensan los sabios del mundo la atención y la importancia que merece. En el Vaticano la sacristía es también museo, y hasta los corredores están adornados con joyas de las artes y con objetos arqueológicos. El salón de enmedio, llamado sacristía común, es una hermosa capilla octógona con alta cúpula y ocho columnas acanaladas, procedentes de la villa de Adriano en Tívoli. La sacristía de canónigos, á la izquierda, resplandece también con mármoles y alabastros y con preciadas maderas de América, y tiene pinturas tan estimables, que hacen de su recinto un salón interesantísimo para la historia del arte. Fragmentos de frescos, que en cuadros separados adornan sus paredes, y que con justicia llaman la atención de los curiosos, pertenecen á los fines del siglo xv, y son obra de un artista, Melozzo de

Forli, que con bastantes años de antelación á Correggio y á su escuela, da señales de dominar las leyes de la perspectiva en las figuras más grandiosas y atrevidas. Las tres tablas de Giotto, que se ven enfrente á la estatua de San Pedro, dan allí muestra más exacta aún que el restaurado mosaico de la *Navicella*, del talento singular del pintor florentino trecentista, á quien las artes veneran como patriarca del Renacimiento. El cuadro del altar, que representa á Santa Ana, es de Francisco Penni (*il fattore*); la *Madona* de enfrente es de Julio Romano; los dos discípulos predilectos de Rafael.

Los ornamentos sagrados y objetos del culto, que á la vez son joyas y primores de arte, forman un verdadero tesoro, y otro, de no menor importancia, constituye por sí solo el *Archivo*, donde se guardan códices de la más alta antigüedad, algunos con preciosas iluminaciones y documentos numerosos relativos á la historia de la Basílica, que es, puede decirse, la historia de la Roma de los Papas.

## XVI.

Dos visitas debemos aún hacer para completar el rápido estudio de la Basílica Vaticana: la visita á las Sagradas Grutas, bajando al subterráneo, y la visita á la cúpula, recorriendo su ancha cornisa, y subiendo por su parte exterior hasta el pié de la cruz, que domina el templo y la ciudad, y las siete colinas, y las dos riberas del Tíber, y la llanura dilatada que va á perderse en el mar.

Por una puerta que se abre debajo de la estatua de la Verónica se descende á las Grutas Vaticanas, cuyo pavimento está á tres metros y medio de profundidad. El espacio, que desde luego se ve, corresponde al circuito de los cuatro grandes pilares de la cúpula: es la parte moderna del subterráneo: llámase, por tanto, las *Grutas nuevas*: cuatro capillas y altares guardan perfecta relación con las cuatro estatuas colosales de la Ba-